

distribución territorial de la violencia dentro de un determinado escenario de conflicto civil. Así, la evidencia empírica por él manejada (basada en sus estudios sobre la guerra civil en la región griega de la Argólida, durante la Segunda Guerra Mundial) le conduce a considerar que en las zonas que se encuentran bajo un control más firme por parte de cualquiera de los bandos, la violencia tendría un carácter selectivo, ya que dichos bandos tendrían claramente asegurado su objetivo, es decir, el dominio de una zona y de su población. Por el contrario, en aquellas partes del territorio en las que una determinada facción posee un control inseguro, registrándose de forma esporádica la presencia de fuerzas rivales, el grado de violencia sería más elevado, con el objetivo de dejar claro a la población civil el coste de colaborar con el bando opuesto. Finalmente, en los espacios de “tierra de nadie”, donde ambos bandos están presentes de manera equilibrada y donde ninguno de ellos ejerce un control preponderante, la violencia contra los civiles resultaría también bastante limitada, dado que todos los actores se encontrarían altamente expuestos a las represalias por parte de otros, lo que generaría un alto nivel de disuasión.

Estos resultados de la investigación conducen al profesor Kalyvas a cuestionar las explicaciones tradicionalmente otorgadas al fenómeno de la violencia en la guerra civil. Así, la misma no tendría un carácter generalizado, ya que solamente unos pocos individuos perpetrarían personalmente esos actos violentos, si bien es cierto que un número más amplio adoptaría actitudes de colaboración. Esta violencia sería al propio tiempo un fenómeno fuertemente regulado e institucionalizado, tanto de manera formal como informal, por lo que debemos tener en cuenta no sólo los actos de violencia en sí mismos, sino también su propio contexto político, económico y social, que sería el que nos puede aportar una mejor comprensión del fenómeno. Por otra parte, la violencia no sería la consecuencia inevitable de la anarquía que acompaña el estallido de un conflicto armado, ni tampoco el resultado de una polarización ideológica radical que dividiría a la sociedad en bandos irreconciliables (de hecho, la defección sería un fenómeno bastante habitual en estos escenarios).

El principal problema que posee este libro está muy vinculado a una característica de este tipo de estudios: la fuerte dependencia de unos datos cuantitativos y cualitativos que han sido recogidos en

circunstancias muy desfavorables, ya que a menudo existen grandes dificultades para desentrañar las características de los episodios de violencia en la guerra civil (número de víctimas, personas participantes, grado de participación y motivos de la misma). Por otra parte, la guerra civil griega entre 1943-44 se enmarcó dentro de la Segunda Guerra Mundial, lo que hace que sus características respondan también a dinámicas internacionales. Finalmente, cabe decir que en este trabajo ha primado el interés por explicar la variabilidad geográfica del empleo de la violencia, frente a sus cambios a través del tiempo o en función de las características de los actores implicados en la misma, aspectos que deberían ser cuidadosamente considerados a la hora de aportar explicaciones globales a este fenómeno. En cualquier caso, nos encontramos ante un estudio enormemente valioso para la comprensión de una realidad que desafortunadamente sigue estando presente en el mundo contemporáneo, y cuya erradicación dependerá en buena medida de nuestra capacidad de comprensión del mismo.

Para concluir, me parece oportuno recordar que en un momento de proliferación de los estudios sobre la violencia en la Guerra Civil española, la aportación teórica del profesor Kalyvas resulta primordial para ir más allá de lo puramente descriptivo, buscando incrementar nuestra capacidad explicativa. Igualmente, sería deseable que este bagaje teórico pudiera ser utilizado en los escasos estudios sobre la violencia en los conflictos armados de la España del XIX, como la Guerra de la Independencia (que también tuvo en parte un carácter de guerra entre compatriotas) y las Guerras Carlistas. El resultado de todo ello podría ser muy positivo para el progreso de este tipo de investigaciones.

**Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte)*. Traducción de Eli Leonetti Jungl. Madrid, Espasa Clásicos, 2010, 207 pp.**

Por Joaquín Piñeiro Blanca  
(Universidad de Cádiz)

Este clásico del pensamiento político moderno, múltiples veces citado y comentado, vuelve a ser publicado en una cuidada edición que recupera de nuevo los sustanciosos comentarios de Napoleón Bonaparte. La actual revisión del papel

de los Estado-Nación frente al poder económico globalizado está poniendo en cuestión la supervivencia de un modelo político que está obligado a desenvolverse en un contexto abiertamente supranacional, en el que se multiplican instituciones y organizaciones que están modificando el alcance del poder tal y como fue concebido a partir de las revoluciones burguesas del siglo XIX. En estas circunstancias, una obra como la que ahora centra nuestra atención cobra renovado interés por su reflexión acerca de la naturaleza y fines del poder, en una concepción que revolucionó el pensamiento político de su época y que ha extendido su influencia hasta nuestros días. Naturalmente, ha sido un texto muy difundido y fue libro de cabecera -más o menos confesado- de monarcas, dictadores, ministros, estadistas o diplomáticos de todo signo. Su asociación con determinadas prácticas políticas autoritarias ha propiciado una percepción negativa de sus contenidos. Baste recordar el significado de los términos “maquiavelismo” o “maquiavélico” presentes en gran cantidad de lenguas. Con ellos se designa una utilización del poder carente de límites, en el que “el fin justifica los medios”. No obstante, el autor se planteó definir el poder y sus tipologías, explicar cómo se adquiere, y con qué medios se conserva o se pierde. En definitiva, establecer cuáles son las leyes de funcionamiento de los estados para comprender cómo pueden ser duraderos y prósperos. Extrayendo recursos de su cultura histórica y de la observación de los poderosos de su época, Maquiavelo ofreció las que, a su juicio, eran las reglas en las que se debía inspirarse la acción del perfecto príncipe, más allá del argumento legitimatorio de la inspiración divina que utilizaban los gobernantes de su tiempo. Con ello, cimentaba los comienzos de la ciencia política al definir de modo incipiente los conceptos de Estado y de razón de estado.

La presente edición, cuidadosamente traducida al castellano por Eli Leonetti Jungl, es enriquecida con la inclusión de los comentarios al margen realizados por Napoleón Bonaparte, que hizo “suyos” muchos de los argumentos expuestos en *El Príncipe* para construir las bases de su enorme poder en la Europa de los albores del siglo XIX. Tres siglos lo separaban de Maquiavelo y, sin embargo, existe una significativa sintonía entre ambos, en planos complementarios: el florentino en el teórico (disecionando las acciones humanas hasta elevarse como uno de los padres de las ciencias políticas) y el corso en el práctico (conquistando

la mayor parte de Europa). Las ideas de ambos se entrelazan en una fusión de lo intelectual y lo pragmático muy interesante. No obstante, también existe un plano realista en el italiano ya que todo ideal de procedimiento queda subordinado a la finalidad última del príncipe, que consiste en mantenerse en el poder. De la misma forma, el emperador francés también intentaba dar coherencia teórica a sus actuaciones, ya que constituía un camino de legitimación edificado con el bagaje cultural acumulado en lecturas como ésta. Esta simbiosis entre el escritor y el estadista propicia que estemos ante dos obras complementarias: la clásica y su continuación, que actualiza contenidos trescientos años después.

Al término de la batalla de Mont-saint-Jean, el 18 de junio de 1815, en el destrozado carruaje utilizado por Napoleón, se encontraron unos manuscritos que se corresponden a las anotaciones hechas por el propio Bonaparte a *El Príncipe*. Gracias a ello, disponemos hoy de sus comentarios y de la duplicación del interés del lector. Varios analistas han señalado que el texto napoleónico es más “maquiavélico” que el del autor florentino, que puede admitir otras lecturas que no siempre se ajustan a este adjetivo. Maquiavelo escribió el texto explícitamente para Lorenzo de Medici, incipiente gobernante de Florencia, con el fin de ofrecerle un “manual” de gobierno. Este aspecto queda explicitado en varias partes del texto, con afirmaciones como la que, por ejemplo, se encuentra en el capítulo quince: “Mi intención ha sido escribir un libro útil para quien lo lea”. Aún a riesgo de resultar un comentario prosaico, en cierto modo su estilo guarda algunas similitudes con los actuales libros de “autoayuda”, en los que la redacción utiliza constantemente la segunda persona del singular, ofreciendo consejos basados en la experiencia que, si son observados, conducirán al destinatario al éxito.

Las connotaciones negativas que el tiempo ha acumulado sobre el pensamiento de Maquiavelo se hacen relativas si lo enfrentamos con los comentarios de Napoleón. El crudo utilitarismo del célebre tratado, motivo de escándalo durante varios siglos, palidece frente al egocentrismo y la excesiva ambición que traslucen las palabras de Bonaparte. Paradójicamente, el adjetivo “napoleónico” disfruta hoy, sin embargo, de mejor prensa que el que inspiró *El Príncipe*.

En una mirada general a las anotaciones, se observa que el emperador francés parece ser el tipo

de lector al que está dirigido el libro. Su trayectoria política no lo desmiente ya que materializó buena parte de los consejos de Maquiavelo, aunque errase en los procedimientos para conservar durante largo tiempo el poder, quizás porque no era posible acumular tanto y permanecer.

Por lo que puede deducirse de los comentarios de Napoleón, su postura ante el texto es múltiple y el interés se dirige hacia aspectos muy concretos: corrige a Maquiavelo en aquello que no se ajusta a su propia experiencia, rechaza todo lo que considera blando, y resalta lo que se refiera al empleo de la fuerza o la generación de temor entre los súbditos. Es decir, lo que el escritor florentino menciona dentro de la noción de “hacer el mal”, algo sólo recomendado por él en situaciones excepcionales en las que fuera necesario actuar así para el mantenimiento del Estado. En otras palabras, lo que la teoría política entiende por acciones de “razón de estado”: decisiones en casos especiales al margen de lo convenido como legítimo.

Aunque, como se señalaba antes, el emperador expresó su desacuerdo con Maquiavelo en diversos pasajes de la obra, en los que anotó “qué tontería”, también muestra ocasionalmente su entusiasmo manifestándose admirado por algunos consejos, vanagloriándose de aplicarlos y mostrándose jubiloso porque sus rivales no los siguiesen (“ellos no te leen ni te leyeron jamás”). No duda, por ejemplo, en incluirse en la lista de los príncipes más ilustres de la historia; tampoco tiene reparos en expresar que Maquiavelo quedaría asombrado al comprobar con cuanta eficacia evitó muchos de los inconvenientes a los que debe enfrentarse un príncipe y como ello lo colocaba a la misma altura de Alejandro Magno (comparación muy reveladora de cuáles eran sus proyectos en Europa).

De modo reiterativo y enfático, Napoleón habla constantemente de sí mismo y, tras la lectura de los primeros capítulos, su opinión termina resultando previsible, llegando incluso a abrumar por su insistente interés en mostrarse como el destinatario ideal de este tratado.

La pesimista concepción que Maquiavelo tuvo de la naturaleza del hombre es compartida por Bonaparte, que hace suyas opiniones como aquella que afirma que la humanidad es ingrata, voluble, hipócrita, cobarde y ávida de bienes materiales. También la que defiende que los súbditos sólo prestan su apoyo cuando se les ofrece algo a

cambio pero que, en los momentos de peligro, dan la espalda.

No obstante, lo más llamativo de los comentarios de Napoleón, lo que lo hace más “maquiavélico” que el propio autor florentino, es su claro desprecio a toda mención moral en la obra, afirmando que no es propio de un estadista valorar la franqueza, la honradez y la buena fe. Llega incluso a tachar de “falta” la postura moralista del escritor. Resulta insólito si se tiene presente que las principales críticas recibidas por Maquiavelo hacen referencia a su excesivo distanciamiento de algunas de las convenciones morales de su tiempo. Por ejemplo, en la idea de que el gobernante debe ganarse la estima del pueblo y, a la vez, generar temor hacia su persona ya que contribuye a la quietud de los súbditos. O en aquella que fomenta estrategias, basadas en el simulacro, para conservar la cohesión del Estado y el poder: no importa si efectivamente el príncipe es un hombre creyente o si es sensato, lo fundamental es que lo parezca, construir una ficción a partir de aquellos elementos más eficaces para lograr el fin deseado.

Una de las grandes aportaciones de esta obra fue la de adentrarse en la psicología de gobernantes y gobernados mucho antes del nacimiento de esta ciencia social y de la utilización de los estudios psicológicos en beneficio de las estrategias e intereses políticos. Desde este punto de vista, es interesante la lectura de *El Príncipe* comentado por Napoleón porque no es descabellado pensar que fue, precisamente, su exceso de ego lo que provocó que uno de los más grandes militares y estadistas de la época contemporánea, propagador de las ideas que cimentarían las revoluciones burguesas en Europa y la consagración del modelo político de Estado-Nación, acabara sus días desterrado en la lejana isla de Santa Helena. No obstante, también habría que aceptar que su elevada consideración de sí mismo no debía distar mucho de la realidad si sus propios enemigos se vieron en la necesidad de enterrarlo en vida en un enclave a dos mil ochocientos kilómetros de la costa africana.

En esta recomendable edición, el consejero de un príncipe y un emperador dialogan en la distancia que separa los siglos XVI y XIX, y que distingue lo teórico de lo práctico. Por otra parte, resulta muy revelador analizar el tratado de Maquiavelo bajo el punto de vista actual, debido a que, a mi juicio, mantiene buena parte de su vigencia más allá del cambio de significados que el lenguaje ha acumula-

do sobre su nombre. En él queda reflejado el pensamiento del Renacimiento bajo un aspecto libre de toda preocupación metafísica, enfocado a observar la realidad humana y a describir los fines inmediatos que orientan su desarrollo. Según el texto, el gobernante tendría estar dispuesto a obrar contra la fe, la humanidad o la religión si el fin así lo requiriese, pero cuando el secretario florentino hablaba de ello, se refería a los intereses y modos propios del poder y no a la moralidad. No parece que su objetivo fuese una cínica norma espiritual de vida sino el regular las tareas de gobierno. El poder parece haber cambiado muy poco de naturaleza en estos cinco siglos, a pesar de las continuas transformaciones que las inciertas circunstancias imponen, por lo que, desde mi punto de vista, sigue siendo interesante volver a adentrarse en las páginas de este clásico enriquecido con los comentarios de Napoleón.

**Marco, Tomás, *Historia cultural de la música*. Madrid, Ediciones Autor, 2009, 1157 pp.**

Por José-Modesto Diago Ortega  
(Universidad de Cádiz)

Tomás Marco es sin duda uno de los compositores españoles más conocidos e influyentes del panorama actual. Cualquier lector melómano que se asome a la solapa del libro que vamos a reseñar y eche un vistazo al dilatado currículum de este creador, puede darse cuenta de su importancia. Fuera ya de títulos o premios, lo más interesante de su carrera, a juicio del que escribe esta reseña, fue el haber podido conocer a personas (presumiblemente) interesantes como Maderna, Boulez, Stockhausen –de éste, además, fue ayudante-, Ligeti o Adorno, nombres propios que, seguramente, pasarán el filtro del tiempo y de la historia.

Quizá por ello, con un bagaje tan dilatado y a sus casi setenta años, Marco se permite hacer un repaso de más de mil páginas por toda la historia de la música occidental, pero, además, vinculándola con la cultura y los acontecimientos históricos propiamente dichos. Ante una empresa así que parte de muy atrás en el tiempo (el hombre primitivo), se proporcionan o desperdigan conceptos a veces interesantes que invitan a reflexión y, a veces, no son típicos del clásico manual. Probablemente, estemos ante un sumario de historia de la música, con tin-

tes de ensayo, salpicado de pinceladas sociológicas, antropológicas, económicas y de muchas otras clases, que hacen de la presente monografía una obra a tener en cuenta.

Otro de los planteamientos que nos ha parecido más útil de este voluminoso ejemplar del compositor madrileño es su esfuerzo por romper una lanza a favor de la música como herramienta (y objeto) de análisis histórico. En palabras del propio autor, la casi totalidad de las historias del arte tratan exclusivamente de las artes plásticas y “pasan olímpicamente de la música”. Las otras disciplinas que engloban lo histórico y utilizan la cultura para poder apoyar sus argumentos, aluden a fuentes literarias o filosóficas y, en todo caso, incluyen de pasada a la arquitectura, escultura, etc., sin mentar a menudo al arte de los sonidos.

Es digno de consideración el acento puesto en el español que, pese a sus sombras, estaremos de acuerdo, existen muchos músicos y compositores interesantes y en los que se debe y puede invertir tiempo en conocer. A este respecto, Marco critica a los otros tratadistas que, cómodamente, dejan de lado a nuestra música y especialmente a la de los americanos.

En lo referente a la línea del contenido, lo más interesante es la parte final del libro –los dos últimos siglos de nuestra era sobrepasan más de la mitad de las mil páginas de sustancia-. Pero, afinando un poco más, podríamos decir que lo medular está en las páginas de los últimos cien años, ya que este compositor ha vivido en primera persona gran parte de lo que expone y conecta.

Sin embargo, uno de los puntos débiles o, por lo menos, a nuestro juicio, al que no nos llegamos a acostumbrar, es el de la maquetación. Aunque explícitamente el libro está creado dentro de una respetabilísima concepción austera –que tal vez haya tenido que ver en su asequibilidad económica para el consumidor, lo cual es de agradecer-, quizá se hace demasiado llamativo que todo el cuerpo del texto esté resaltado en negrita. En una obra tan densa y llena de tantísimos datos y nombres propios, el lector puede llegar a saturarse. Por otro lado y a este respecto, tampoco parece haber una línea lógica que guíe el desarrollo, función y exposición de las notas a pie de página, algunas de las cuales, creemos, hubieran funcionado mejor de otra manera. Además, también es un tanto desconcertante que haya cuarenta y ocho capítulos –algunos